

**las letras:** de la tradición a la modernidad

# PASEO EN SIETE ESTACIONES POR LA LITERATURA JAPONESA

---

EDNODIO QUINTERO \*

## Resumen

La literatura japonesa ha sido uno de los secretos mejor guardados del Lejano Oriente. La Restauración Meiji, de 1868, significó la apertura del Japón a las influencias occidentales. Desde entonces ha surgido una literatura refinada, audaz y novedosa, que ha sabido equilibrar las nuevas adquisiciones técnicas con una temática hundida en la tradición. En este ensayo se ofrece una panorámica de autores y obras desde la aparición de los primeros escritos de importancia en el siglo VIII hasta el presente.

**Palabras clave:** Japón, literatura, escritura, novelistas.

## Abstracts

The Japanese literature has been one of the best-kept secrets from the Far East. The Meiji Restoration of 1868 marked the opening of Japan to Western influences. Since then, a refined, audacious and original literature has emerged, having a good balance of new techniques with topics belonging to the oldest tradition. This essay offers an overview of authors and works from the emergence of the earliest writings in the eight century to the present.

**Keywords:** Japan, literature, writing, novelists.

\* Universidad de Los Andes.

## I. EL MODO DE PRODUCCIÓN

Siempre me ha llamado la atención el hecho de que las grandes civilizaciones de la antigüedad sustentaron su supremacía y sobrevivencia en el cultivo de un cereal. El nomadismo, por su naturaleza móvil y en cierta manera precaria, no logró producir ninguna gran transformación en el desarrollo de la humanidad, que se hiciera sentir como tal. En Europa y parte de Asia, el trigo está asociado a las grandes empresas civilizadoras, y así nos resulta familiar el hecho de que las legiones romanas al desplazarse en sus empresas de conquista, tuvieran como prioridad —antes incluso de asegurarse el dominio de los pueblos vencidos— el cultivo de extensas áreas de trigo. Y ya se sabe que los grandes imperios americanos anteriores a Colón (Aztecas, Mayas e Incas), basaban su poder en el cultivo del maíz. En Egipto, desde la más remota antigüedad, fue el arroz el principal aliado de un Imperio que se sostuvo en pie durante varios milenios. Y éste ha sido también el caso, con sus variantes lógicas, de los diversos imperios que dominaron la legendaria, gigantesca y super poblada China.

Japón ofrece algunas diferencias, pero el factor cereal sigue siendo determinante. Desde épocas inmemoriales, que se remontan a unos 150 mil años a.C. El archipiélago japonés muestra huellas de presencia de humanos. Según los testimonios arqueológicos hay pruebas de la existencia de una alfarería muy desarrollada alrededor del año 4500 a.C. Caracterizada por su forma de cordel, de donde deriva el nombre de Jômon que se le ha dado a ese largo período. Algunos investigadores ubican el comienzo del período Jômon mucho antes, cerca del 10.000 a.C. Se estima, en todo caso, que para esas fechas la población total no llegó a superar los 10.000 habitantes. Se dedicaban a la caza, la pesca y la recolección de frutos. Habitaban pequeñas aldeas dispersas en lo que resultaba un amplio territorio. Desconocían la agricultura, y sus creencias religiosas eran prácticas y sencillas, basadas en el espíritu protector de la naturaleza (kami). Permanecieron sin ningún progreso durante muchos siglos, y pudieron haberse estancado hasta desaparecer. Sin embargo, en el transcurso

del siglo III a.C. se produce una primera eclosión que dará un giro muy importante e incluso espectacular a una comunidad primitiva, laboriosa y resignada a su destino.

Probablemente del sur de Corea comienzan a llegar oleadas de nuevos pobladores empujados por las continuas y devastadoras guerras que habían assolado China en los últimos dos siglos. Esos pobladores traían consigo un enorme tesoro: conocían y dominaban las técnicas del cultivo del arroz mediante el regadío, y en el archipiélago encontraron las condiciones ideales para su desarrollo. Agua pura y abundante y tierras fértiles. Es de presumir que al principio su relación con los nativos fuera tensa, tal vez sangrienta. Pero a la vista de las ventajas que implicaba una agricultura con alto rendimiento, se impuso la razón natural. Los Yayoi, que así fueron llamados estos colonizadores, por el tipo de alfarería que fabricaban, pertenecen evidentemente al tronco mongoloide, por el uso de objetos rituales de bronce (espadas y espejos), y por su predilección por los collares de perlas. (Resulta por demás significativo que al establecerse unos seis siglos después el Imperio Japonés, sean estos tres objetos los adoptados como divisas reales, tradición asociada al shintoísmo que se conserva hasta el presente). Se establecieron en aldeas cercanas a los ríos y en llanuras costeras donde era posible labrar campos de arroz cercados por empalizadas a manera de diques e irrigados mediante una red de zanjas. Con el tiempo los invasores se fueron mezclando con los aborígenes hasta convertirse en una población variada, difícil de distinguir entre sí, que dio origen a la fisonomía y a los rasgos culturales de los japoneses actuales.

El territorio que aproximadamente desde esa época se conoce con el nombre de Japón está formado por cuatro islas principales: Hokkaido, Honshu, Shikoku y Kyushu, y por unas mil islas pequeñas que forman un arco muy extenso al sureste de China y Corea. La superficie total es de unos 382.000 kilómetros cuadrados, en gran parte montañosa, por lo que apenas se dispone de un 16% de terreno cultivable y urbano. Sin embargo, posee unos 28.000 kilómetros de costa, una cantidad ligeramente inferior a los 34.000 kilómetros de

costa de Australia, un continente 50 veces más extenso. Este dato indica la riqueza y variedad de los alimentos que se pueden extraer del ambiente marino. A estas condiciones geográficas, que han contribuido al aislamiento milenario del pueblo japonés, se unen las condiciones climáticas y naturales que ha tenido que enfrentar: ciclones, tifones, maremotos y terremotos. Las dificultades y el desarrollo de un espíritu combativo han contribuido sin duda alguna a moldear un carácter único, que a lo largo de los siglos ha producido una cultura refinada y admirable.

Es evidente que en el modo de producción traído por los Yayoi desde el continente está la base del desarrollo cultural. Al existir suficientes reservas alimenticias, aparece el ocio productivo que permite pensar y se crean nuevas necesidades, algunas de carácter espiritual. El cultivo del arroz, que exige abundante mano de obra y cuidados especiales, crea el espíritu comunitario que, a la larga, dará forma a lo que podríamos llamar la ideología japonesa. Antes que el individuo, está la comunidad, representada en su forma más elemental por la familia. Y surge también la necesidad de crear instituciones que administren y regulen el uso de los bienes. Este papel de dirigentes es asumido por los jefes de familia que cumplen además la función de sacerdotes, con atribuciones parecidas a la de los shamanes, dentro de una tradición derivada de las creencias shintoístas.

## II. ESPEJOS Y ESPADAS

La introducción de la escritura en la cultura japonesa es relativamente tardía y coincide con la unificación política y territorial del país en un gobierno centralizado bajo la figura del Emperador, a finales del siglo III y comienzos del IV de nuestra era. Espejos y espadas ofrecen los vestigios iniciales de escritura japonesa, alrededor del siglo V. Sin embargo, los primeros documentos escritos que se conocen son muy posteriores. El *Kojiki* (*Anales de hechos antiguos*, 712), redactado por Ono Yasumaro por iniciativa del emperador Temmu

y la Emperatriz Gemmei, está concebido como una extensa crónica sobre la era de los dioses, que luego relata la historia del Japón desde su creación mítica hasta el reinado de la Emperatriz Suiko (628). El *Nihon Shoki* (*Crónicas del Japón*, 720) sigue el modelo establecido por el *Kojiki*, concediendo menor importancia a los mitos, y termina con el reino del Emperador Jito (696). Estas primeras crónicas de carácter histórico fueron escritas en chino y en una mezcla de chino y japonés; y tenían, como es de suponer, un marcado interés por la fundación de una ideología nacional.

En lo que se refiere a la literatura propiamente dicha es la poesía la que predomina desde el principio. La primera gran antología poética, *Man'yōshū* (*Colección de las diez mil hojas*, 759), compilada por Otomo no Yakamochi (716-785), reúne cerca de cinco mil poemas antiguos. Durante el período Heian (794-1192), caracterizado por el refinamiento cortesano, la composición de un waka, poema de 31 sílabas, era una actividad prestigiosa en la corte y estaba asociada a la vida cotidiana. Habrá que destacar, entre las varias antologías recopiladas durante ese período, el *Kokin-shū* (*Colección de poemas antiguos y modernos*, 905), encargada por el Emperador Daigo a cuatro eminentes poetas de la época.

La primera obra narrativa que se reconoce como tal es el *Taketori-monogatari* (*El cuento del cortador de bambúes*), de autor desconocido y probablemente de la primera mitad del siglo X. En ese mismo siglo aparece el *Ise monogatari* (*Cuentos de Ise*), atribuido a Ariwara no Narihira, que reúne 125 cuentos breves combinados con poemas, que narran aventuras galantes y cortesanas teñidas de humor y desencanto.

### III. EL ESPLENDOR DE HEIAN

En la primera década del siglo XI ocurre un acontecimiento en verdad espectacular: la aparición del *Genji-monogatari* (*Historia de Genji*), que se considera como la primera novela moderna japonesa. Escrita por una dama de mediana nobleza, Murasaki Shikibu (circa 978-

1014), esta obra monumental, de miles de páginas, narra las aventuras del príncipe Hikaru (El resplandeciente), un *genji*, es decir descendiente del Emperador pero sin las prerrogativas reales de sucesión. La narración abarca la vida de Hikaru y la de un supuesto hijo suyo, y está tejida como una serie de intrigas palaciegas y aventuras amorosas, así como también de usos y costumbres de la época, sin olvidar las recurrentes evocaciones a la naturaleza. El estilo de la narración es ágil y desenvuelto, mostrando la autora una gran sensibilidad estética así como un consumado dominio de las técnicas narrativas. Temas como la condición de la mujer en la sociedad y reflexiones acerca del arte de novelar le imprimen a esta obra un aire de modernidad sorprendente. *El Genji monogatari* es una obra maestra, a la altura de las mejores realizaciones de la literatura occidental, que no ha dejado de fascinar a generaciones de lectores. Uno de sus numerosos méritos es el hecho de que fue compuesta en japonés, pues las damas de la corte utilizaban este tipo de literatura como divertimento, lo que contribuyó al fortalecimiento del idioma escrito que en esa época todavía era un híbrido con el chino.

Por esas mismas fechas, otra dama de la corte Heian, rival de Murasaki Shikibu, Sei Shonagon (966-?) escribe el afamado *Makura no Soshi* (*El libro de la almohada*), constituido por una serie de ensayos breves acerca de aspectos de la vida cortesana, con observaciones muy agudas, críticas, frívolas, a veces hirientes y divertidas. A lo largo del libro aparecen listas de cosas agradables o desagradables, hermosas, raras, espléndidas, vergonzosas, que servirían para conocer los gustos de la época, con el encanto y sofisticación de la óptica femenina. Un verdadero retrato del fasto imperial y una lección de estilo. Este libro se siguen leyendo en la actualidad con curiosidad e interés.

#### IV. EDAD MEDIA

Tal vez por establecer un paralelismo con Occidente, se denomina Edad Media la época que va de 1192 hasta 1603, caracterizada por la inestabilidad política y por la guerra de los clanes.

La actividad literaria más prestigiosa continuó siendo la poesía. Que al lado de la narrativa reflejará el espíritu de aquellos tiempos signados por la violencia y la fragilidad de la existencia. Continuaron las recopilaciones de poesía, siendo una de las más importantes por su espíritu tradicional y al mismo tiempo innovador el *Shinkokin-shû* (*Nuevo Kokin-shû*, 1205), inspirada en el citado *Kokin-shû* del siglo X, y ordenada por el Emperador retirado Gotoba (1180-1239). Los letrados y las damas de la corte mantuvieron la tradicional redacción de diarios. Algunos llegaron a gozar de gran popularidad y difusión, tal es el caso del *Towazugatari* (1303-1313), escrito por Nijô, concubina de Gofukakusa, un Emperador retirado, que luego de una vida muy agitada se hizo monja y se dedicó a recorrer los templos budistas del Japón. Esta obra, de una franqueza admirable, es además una meditación sobre lo precario y fugaz de la existencia.

Con el tema de las continuas disputas entre clanes rivales fueron numerosos los relatos de carácter histórico que se redactaron. Entre todos destaca por su eficiente composición y por lo riguroso de su narración el *Heike monogatari* (*Cantar de Heike*). De origen incierto y compuesto para ser recitado, existen numerosas versiones que van desde principios del siglo XIII hasta el XVI. La versión clásica se debe a Kakuichi, un monje muerto en 1371. La obra narra las rivalidades del clan Genji (o Minamoto) y el Heike (o Taira), al estilo de los recuerdos de guerra, en tono oral, con peripecias novelescas de gran colorido y precisión. Asimismo se ilustran los vaivenes de la fortuna de los contendientes y sus familias, dentro de una visión budista del mundo signada por la inestabilidad de las cosas.

## V. OSAKA: EL MUNDO FLOTANTE

Con el triunfo rotundo de Tokugawa Ieyasu en 1603 comienza un período de estabilidad política en el Japón que se prolongará hasta la llamada Restauración Meiji en 1868. Ieyasu funda el shogunato de Edo (actual Tokio), que se convierte en un centro urbano importante,

y al mismo tiempo el clima de paz y seguridad crean prosperidad, y surge un relevante puerto comercial: Osaka. La ciudad se convierte en el centro de las actividades artísticas relacionadas con “el mundo flotante”, que giran alrededor del teatro y las diversiones nocturnas. En Osaka florece el teatro en sus tres variantes principales: Kabuki, Bunraku (conocido en Occidente como teatro de marionetas) y el Nô, así como la música, la pintura y la literatura. Durante este período, en el cual Japón se había aislado deliberadamente del resto del mundo, se consolida la cultura japonesa con valores propios que le dan la fisonomía tan particular que aún conserva. Es sorprendente que en Osaka y más o menos por la misma época coincidan tres de los más importantes exponentes de la literatura japonesa de todos los tiempos: Ihara Saikaku, Chikamatsu Monzaemon y Matsuo Bashô.

Ihara Saikaku (1642-1693) es considerado como el inventor y principal exponente del ukiyo-zôshi (“cuentos del mundo flotante”), relatos sobre las costumbres de la época, en los cuales se respiraba un aire de libertinaje combinado con dosis de cinismo. El estilo de Saikaku es por demás original, caracterizándose por la precisión, la agilidad de la narración basada en anécdotas casi siempre galantes y desencantadas, que muestran, sin embargo, cierta vivacidad y la alegría de vivir. De su extensa obra destacan: *Kôshoku ichidai-otoko* (*Hombre lascivo y sin linaje*, 1682), *Kôshoku Gonin-onna* (*Cinco mujeres enamoradas*, 1686), *Kôshoku ichidai-onna* (*Vida de una cortesana*, 1686) y *Nanshoku ôkagami*, (*Cuentos de amor de los samurais*, 1687).

Chikamatsu Monzaemon (1653-1724) es un dramaturgo excepcional, considerado por algunos críticos como el Shakespeare japonés. Escribió numerosas obras de carácter histórico (jidai-mono) para el Kabuki, que es el teatro tradicional, destacando el *Heike nyogo no shima* (1719), basado en un episodio del *Heike monogatari*, y *Kokusen yakassen* (*Las batallas de Coxinga*, 1715). Pero tal vez el mayor aporte de Chikamatsu a la dramaturgia fue el descubrimiento de un nuevo género, el sewa-mono (teatro sobre temas de actualidad), que permitía en un formato más ligero y en un tiempo breve la exposición de temas de la vida cotidiana, que eran comunes a los espectadores, de ahí su

asombrosa popularidad. Estos sewa-mono, de los cuales Chikamatsu escribió más de un centenar, resultaban ideales para ser representados en el ningyô-jôruri (teatro de marionetas), más tarde conocido como Bunraku. Aquí también nuestro autor innovó a placer, creando un subgénero con el tema recurrente del doble suicidio (shinjû). Una de sus piezas más celebradas fue *Shinjû Ten no Amijima* (*Los amantes suicidas de Amijima*, 1720).

Aunque a Matsuo Bashô (1614-1694) no se le puede ubicar con exactitud en la alegre y bullanguera Osaka, pues estudió en Kyoto y en Edo, y pasó gran parte de su vida peregrinando por todo Japón, es importante señalar la coincidencia generacional con Saikaku y Chikamatsu en una época considerada por algunos como "El siglo de oro japonés". Bashô es el maestro indiscutible del haiku, una forma poética breve (poemas de apenas 17 sílabas), que gozaba de gran prestigio en la sociedad japonesa. Bashô transformó el haiku, sacándolo de una especie de juego verbal para convertirlo en una forma poética pura, asociada a la meditación zen y a un estilo de vida regido por la contemplación de la naturaleza. Su obra más famosa y perdurable es *Oku no Hosomichi* (*Sendas de Oku*, 1694).

Un siglo después aparece, también en Osaka, otra figura cimera de la literatura japonesa: Ueda Akinari (1734-1809). Aunque incursionó en diversos géneros, desde lo clásico hasta lo satírico, la posteridad lo recuerda por su original aporte a la literatura fantástica, que condensa en un estilo de una admirable perfección formal los mitos y creencias populares enraizados en la tradición. Sus dos colecciones de cuentos: *Ugetsu monogatari* (*Cuentos de lluvia y de luna*, 1776) y *Harusame monogatari* (*Cuentos de las lluvias de primavera*, 1809), siguen encantando a los lectores.

## VI. MEIJI

En 1868 finaliza en el Japón el largo período de dominación de los shogunes y se restablece el poder del Emperador en lo que se

denominó la Restauración Meiji. La capital del Imperio es trasladada desde Kioto hasta Edo; actual Tokio. Durante el shogunato, por más de dos siglos y medio Japón permaneció completamente aislado del mundo exterior. La Restauración Meiji, entre muchas otras reformas, abrió las puertas del país a la influencia extranjera, en especial a los Occidentales. Las consecuencias culturales de esta apertura son incalculables. La literatura occidental hace su entrada en el país de una forma abrumadora y espectacular, ejerciendo una influencia determinante en una élite muy culta y refinada (que había permanecido volcada sobre sí misma), curiosa y ávida de novedades.

La literatura japonesa en el momento de la Restauración Meiji se dividía en tres géneros: el Diario, que incluía el diario propiamente dicho, aquel que daba cuenta de la existencia cotidiana, y los diarios de viaje; los Cuentos, generalmente de corte fantástico y la Poesía, que incluía el tanka y el haiku. No existía la novela tal como se concebía en Occidente. El descubrimiento de la narrativa occidental significó una revelación para los escritores japoneses, que muy pronto se plegaron a las técnicas y procedimientos de los occidentales en los que predominaba el gusto por el realismo. Los nuevos tiempos exigían una escritura que se acercara a la lengua hablada y a la inclusión de unos valores que expresaran los sentimientos humanos. El autor que mejor supo interpretar aquellas inquietudes fue Tsubouchi Shôyô (1859-1935) en el ensayo *Shasetsu Shinzui* (*La esencia de la novela*, 1886). Según Tsubouchi, la novela no debería limitarse a divertir o enseñar, sino que debería buscar en los sentimientos del hombre y en el contexto social su propia esencia artística y humana. Fueron numerosos los escritores que atendieron estos reclamos, y entre una auténtica pléyade destacamos a tres de ellos: Natsume Soseki, Mori Ôgai y Ryunosuke Akutagawa.

Natsume Soseki (1867-1916), gran conocedor de la literatura occidental, vivió un tiempo en Inglaterra y expresó en sus novelas con sutileza y humor los cambios bruscos en las costumbres que se dieron en Japón como producto de una excesiva occidentalización. Entre sus novelas sobresalen: *Wagahai wa neko de aru* (*Yo, el gato*, 1905-1906),

que es tal vez el retrato más fiel y divertido de la vida cotidiana de los japoneses a comienzos del siglo XX, *Botchan* (Hijito, 1906), *Mon* (La puerta, 1910) y la triste e inolvidable *Kokoro* (Corazón, 1914). Soseki es considerado en Japón como el escritor clásico por excelencia. Como dato curioso, su efigie aparece en los billetes de 1.000 Yenes, todavía en circulación.

Mori Ôgai (1868-1922), un médico formado en Alemania, abordó al principio de su carrera en un tono coloquial temas de la vida sexual, con desparpajo y sin prejuicios. *Ita sekusuarisu* (*Vita sexualis*, 1910) es quizá su obra más representativa de esa época. La muerte del Emperador Meiji en 1912, seguida del suicidio ritual del general Nogi, produjeron en Ôgai una conmoción que dio un vuelco radical a su escritura, volcándose hacia los valores tradicionales del bushido. En esa línea realizó extensas reconstrucciones históricas así como notables biografías.

Ryunosuke Akutagawa (1892-1927), alucinado y genial, admirador de la literatura francesa e inglesa, se dedicó básicamente al cuento convirtiéndose en un renovador del género, adelantándose a maestros de lo sintético como Hemingway y Borges. En Akutagawa destaca su afán de exactitud y sus rigurosas búsquedas formales, impregnadas de cierto humor negro y de una inquietante angustia existencial. Su primer libro de cuentos, *Rashômon* (1915), contiene dos de los relatos que inspiraron el inolvidable film de Kurosawa. A éste siguieron *Hana* (La nariz, 1916), *Jigokuhen* (El biombo del infierno, 1918), entre otros, para culminar con las novelas cortas *Kappa* (1927), una fábula en la tradición de Swift y *Haguruma* (El engranaje, 1927), que es una premonición del suicidio de Akutagawa, acaecido ese mismo año.

La modernidad de estos autores reside no tanto en la adopción de técnicas occidentales como en su perfecta adaptación a temas de la tradición japonesa. Y si nos hemos limitado a pocos nombres es porque nuestro trabajo se basa en lecturas directas, no referenciales, es decir es una visión de la literatura japonesa "in translation". De cualquier manera, la crítica japonesa coincide en que estos tres autores

son los más representativos de su época, y no es entonces casualidad que sean también los más difundidos en Occidente. Como apuntamos más arriba, la era Meiji acaba en 1912 con la muerte del Emperador, y da paso a la era Taishô, pero para los efectos de este ensayo destinado a lectores de habla hispana, tales divisiones no resultan muy útiles. Por estas razones, al próximo apartado le daremos un título más bien genérico, que pretende abarcar el siglo XX en su conjunto, con todas sus complejidades, concentrado en un puñado de autores.

## VII. TIEMPOS MODERNOS

Japón se incorporó de una forma por demás dramática a la modernidad. Un país "medieval" pasó en muy poco tiempo a ser una potencia mundial, con un papel protagónico en Asia y el mundo, liderazgo que aún conserva y que tiende a consolidarse. En este sentido, el aporte japonés a la literatura mundial ha sido preponderante. Por supuesto que para un país con tradiciones arraigadas durante siglos, el proceso no fue sencillo. Desde un principio se planteó un dilema muy complejo, que simplificamos como Tradición vs. Modernidad.

Dentro de ese contraste surge la figura dominante de Junichiro Tanizaki (1886-1965), escritor multifacético dotado de un enorme talento. De temprana vocación literaria, su primera colección de cuentos *Shisei (El tatuador)*, data de 1910 y en ella se muestra la influencia de Edgar Allan Poe y Oscar Wilde. Las obras de Tanizaki son indispensables para comprender el Japón moderno. Ofrecemos una muestra mínima dentro de una producción monumental: *Tade kuu mushi (Hay quien prefiere las ortigas)*, 1929) plantea, dentro de una contenida crisis familiar, los conflictos de una sociedad en vías de transformación; el exquisito *In 'ei raisan (Elogio de la sombra)*, 1933), considerado por la crítica japonesa como el mejor ensayo escrito en cualquier época, es una visión del ser japonés en todas sus dimensiones; *Bushuko hiwa (La historia secreta del señor de Musashi)*, 1935), recrea un bizarro acontecimiento histórico. Su obra

cumbre *Sasameyuki* (*Las hermanas Makioka*, 1948), es un ambicioso fresco, a la manera de las grandes novelas rusas del siglo XIX, sobre la vida cotidiana en el Japón de la década del treinta. Ya en su madurez Tanizaki se inclina por temas de un erotismo refinado y decadente en obras inolvidables como *Kagi* (*La llave*, 1956) y *Futen rojin nikki* (*Diario de un viejo loco*, 1962).

Y por aquella misma época aparece un escritor excepcional: Yasunari Kawabata (1899-1972), primer premio Nobel de Literatura del Japón (1968), considerado como el más japonés de los novelistas modernos. Su obra se caracteriza por la sutileza con que aborda sus tramas, la calidad de un pensamiento cristalino que expresa un profundo conocimiento de lo humano, y la inmensa riqueza de un lenguaje sugerente, esotérico y poético. Es notable también la sensualidad, el manejo del silencio y la profundidad y el dramatismo de los temas de sus narraciones. Su primera novela *Izu no Odoriko* (*La bailarina de Izu*, 1926) es una especie de canto a la belleza juvenil. Y son varias las obras en las que profundiza en los temas de la existencia y el deseo: *Yuki guni*, (*País de nieve*, 1935), *Senbazuru* (*Mil grullas*, 1949), *Yama no oto* (*El clamor de la montaña*, 1949-54) y *Utsukushisa to Kanashimito* (*Lo bello y lo triste*, 1961). Su novela de madurez, *Nemurero Bijo* (*La casa de las bellas durmientes*, 1961) es un condensado de erotismo y sutileza difícil de superar.

A lo largo del siglo XX varios narradores japoneses alcanzaron fama y notoriedad en su país, y algunos fueron ampliamente conocidos y divulgados en Occidente. Tal vez el caso más palpable sea el de Yukio Mishima (1925-1970), que en Japón era un personaje muy conocido y polémico por sus opiniones políticas radicales, y que se hizo archifamoso luego de su espectacular suicidio. Mishima, un verdadero genio, dejó una obra vasta y memorable, entre la cual destacamos su novela inicial e iniciática *Kamen no kokohaku* (*Confesiones de una máscara*, 1949) y su tetralogía *Hojo no umi* (*El mar de la fertilidad*), conformada por *Haru no yuki* (*Nieve de primavera*, 1968), *Honba* (*Caballos desbocados*, 1969), *Akatsuki no tera* (*El templo del alba*, 1970) y *Tennin gosui* (*La corrupción de un ángel*, 1970). En la

actualidad, Mishima continúa siendo una figura un tanto incómoda en la cultura japonesa, y a decir de su paisano Kenzaburo Oé, en los momentos de crisis reaparece como un fantasma siniestro despertando ideas extremas y nacionalistas.

Osamu Dazai (1909-1948) es el caso más típico de *enfant terrible* de la Literatura japonesa. Admirador de Ryunosuke Akutagawa, al que idolatraba, quedó profundamente marcado por su suicidio. Y él mismo, Dazai, luego de varios intentos fallidos se suicidó en compañía de su amante. Dejó una obra atrevida e inquietante, marcada por lo que algunos críticos han llamado una autodestrucción demente, que se sigue leyendo en Japón con cierto fervor especialmente entre los jóvenes, que ven en Osamu Dazai un ícono al estilo Jim Morrison. *Shayo (El ocaso, 1947)* y *Ningen Shikkaku (Más que humano, 1948)* son dos de sus obras más conocidas.

Kôbô Abe (1924-1993) es un narrador exigente y profundo que se le suele emparentar con Kafka y Samuel Beckett. Escribió numerosas obras de ciencia ficción y novelas desoladas acerca de la condición humana como: *Sunna no onna (La mujer de la arena, 1962)*, de la cual existe una inolvidable versión cinematográfica dirigida por Teshigahara; *Tanin no kao (El rostro ajeno, 1964)*, que plantea un caso extremo de pérdida de identidad y *Hako otoko (El hombre caja, 1973)*, que recuerda a los personajes marginados de su admirado Beckett. El estilo de Kôbô Abe es denso e incluso sofocante, apoyado en una prosa analítica y envolvente, en la cual todos los elementos están correlacionados entre sí.

Kenzaburo Oé (1935), premio Nobel de Literatura (1994), se ha convertido en una especie de conciencia de su país. Es de los pocos autores que intenta mantener la memoria de los ataques nucleares a Japón al final de la Segunda Guerra Mundial, constituyendo ese hecho uno de los ejes de sus narraciones, al lado de su tragedia personal por ser padre de un hijo disminuido. De su vasta obra, signada por la ética y la reflexión, destacamos: *Shiiku (La presa, 1958)*, que marcó su exitoso debut, *Kojinteki na taiken (Una cuestión personal, 1964)*, novela desgarrada donde el autor conjura los demonios de la culpa

en relación con la tragedia de su hijo, *Man'en Gannen no Futtoboru* (*El grito silencioso*, 1967), una aproximación magistral a los valores más tradicionales de la cultura japonesa, en particular el honor y la vergüenza, y su más reciente, *Chûgaeri*, (*Salto mortal*, 1999), donde se adentra en los problemas muy actuales planteados por el terrorismo fundamentalista.

Hacia finales del siglo XX han surgido en Japón varios autores que han copado una escena muy competitiva. Los que se han dado a conocer con bastante vigor en Occidente han sido Haruki Murakami, Ryu Murakami y Banana Yoshimoto.

La obra de Ryu Murakami (1952), también cineasta destacado, está marcada desde su primera novela, *Kagirinaku tômeini chikai burû* (*Azul casi transparente*, 1976), que constituyó un éxito de crítica y de público, por la violencia, el sexo desahogado, las drogas y los dramas de la vida urbana. Ha escrito unas treinta novelas, algunas conocidas en Occidente como *Koinrokkâ Beibizu* (*Los bebés del locker*, 1980) y *In za Misosûpu* (*Sopa de miso*, 1997).

Banana Yoshimoto (1964) se dio a conocer desde muy joven con *Kitchen* (1987), novela en la cual explora temas universales como la familia, el amor, la muerte y la amistad, desde una perspectiva directa y ligera, muy acorde con los tiempos, y que ha logrado encontrar un eco sorprendente entre la juventud de su país y del extranjero. Sus novelas más conocidas son: *N.P.* (1992), *Sueño profundo* (1994), *Tsugumi* (1994) y *Amrita* (1997), quizá su proyecto más ambicioso.

El caso de Haruki Murakami (1949) merece una atención especial. Después de haber publicado con una acogida más bien modesta sus primeras narraciones, Murakami irrumpe de forma espectacular en el panorama de la literatura japonesa con *Noruei no mori* (*Tokyo blues*, 1987), las memorias de un adolescente de los años sesenta, que rompe todos los record de venta para este tipo de literatura en Japón. En menos de 20 años y a raíz de la traducción de sus novelas y cuentos a numerosos idiomas, Haruki Murakami se ha convertido en uno de los escritores más populares del mundo y en un fenómeno de culto

entre los jóvenes, sólo comparable al resonante éxito alcanzado en su época por Hermann Hesse. En español, donde se viene traduciendo sistemáticamente desde hace algunos años, destacamos *Hitsiuji o meguru bôzen* (*A la caza del carnero salvaje*, 1982) y la espectacular *Nejimaki-dori Kuronikuru* (*Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*, 1992-95) y su más reciente y polémica *Umibe no Kafuka* (*Kafka en la orilla*, 2002). Y por encima de todas *Kokkyô no minami, taiyô no nishi* (*Al sur de la frontera, al este del sol*, 1992). Murakami, un genio de la composición y la elaboración de personajes, logra combinar su admiración por la cultura occidental y por las manifestaciones del arte pop, con las más arraigadas tradiciones de su país.



Actor de teatro Kabuki

Foto: Ednodio Quintero